



UNIVERSIDAD
DE PIURA

REPOSITORIO INSTITUCIONAL
PIRHUA

LIBERTAD ESENCIAL Y LIBERTAD TRASCENDENTAL

Genara Castillo-Córdova

Piura, 31 de mayo de 2007

FACULTAD DE HUMANIDADES

Departamento de Humanidades, Área de Filosofía



Esta obra está bajo una [licencia](#)
[Creative Commons Atribución-](#)
[NoComercial-SinDerivadas 2.5 Perú](#)

Repositorio institucional PIRHUA – Universidad de Piura

LIBERTAD ESENCIAL Y LIBERTAD TRASCENDENTAL**GENARA CASTILLO**

En *La libertad y sus realizaciones*
Sexto coloquio de Filosofía
Cuadernos de Humanidades, 2007 Pp. 67-72

La libertad de opción es la que nos da la posibilidad de elegir entre dos o más alternativas; su problema es elegir la mejor, para lo cual necesita de las virtudes. Ésta no es la forma más alta de la libertad. La libertad trascendental es la libertad de la persona, que aunque está muy unida a la esencia es más radical que ésta. Una de las dimensiones de esta libertad radical es la llamada por el Dr. Leonardo Polo, la co-existencia personal. Es el saberse existiendo con otras personas, reconociéndolas y dándonos a ellas. Es lo que impide que la persona se aísle o sea una persona sola, lo cual sería una contradicción, y de serlo, una pura tragedia. La libertad trascendental, en definitiva, apela a la remitencia de todo nuestro ser: es la libertad de donación respecto de las personas humanas y de las divinas.

Al ver la mayoría de los asistentes a estos coloquios, jóvenes estudiantes, recordaba la famosa referencia de Max Scheler en torno a la vivencia de libertad de una jovencita rica. Esta jovencita se levanta por la mañana, todo lo ve de color de rosa, sale a la calle y dice: "¡qué libre soy!". Scheler dice que esa jovencita no es libre, porque esa libertad es superficial¹. La conclusión a la que llega es que no hay que confundir el sentimiento eufórico de nuestra libertad con la verdadera libertad, porque a veces ese sentimiento se puede referir a una libertad muy pequeña.

¹ Cfr. POLO, Leonardo, *Quién es el hombre...*, Madrid, Rialp, 1991, p. 219



¿Qué es la libertad? Lo primero es advertir que no debemos confundirla con la libertad pragmática, la posibilidad que tenemos de hacer una cosa u otra, menos debemos confundir el sentimiento de ser libres con la verdadera libertad. Los sentimientos pueden engañar, porque –por ejemplo– a veces una adolescente puede sentirse “gorda” cuando en realidad está delgada. A veces podemos sentir que estudiar es un mal que hay que evitar cuando en realidad es un bien. También puede darse que sintamos dolores verdaderos por bienes falsos. No podemos fiarnos de los sentimientos.

Así, a veces pensamos que somos libres porque sentimos que podemos elegir o hacer lo que nos da la gana. Es la libertad de opción que lleva a elegir entre una cosa u otra. Sin embargo, normalmente nuestra libertad de opción está limitada por las mismas cosas sobre las que se opta. Es decir, que la libertad de opción, aunque la forma de opción no es la forma más alta de la libertad. Inclusive el ser humano puede encontrarse con la opción de destruir su propia vida. Y sería difícil decir que una persona es libre porque puede salir por la ventana de su décimo piso, ya que aquello es destructivo, sería una falsa libertad.

Igualmente diríamos de una persona que se empeñara en venir a Piura tomando la carretera de la Panamericana Sur, y cuando le dijéramos, ¿por qué tomas ese camino? Nos responderá: “porque soy libre de tomar las opciones que me plazcan, yo hago lo que me da la gana, así que ¡tomo cualquier dirección!”

1. Libertad esencial

Así pues, la primera dimensión de nuestra libertad es la que se refiere a que tenemos la posibilidad de elegir entre dos o más opciones: por ejemplo, elijo estudiar o ver televisión. Pero si se trata de elegir lo que a uno más le perfecciona como ser humano, aparece ya la exigencia de saber elegir. Es la libertad esencial, la que nos hace capaces de hacer el bien. Se trata de un nivel mayor que el de la mera libertad opción que está en el nivel de la simple naturaleza. La libertad esencial conlleva el ejercicio de virtudes morales que llevan a saber elegir las mejores alternativas (las que mejoren más y mejor a uno mismo y a las personas), a saber tomar las mejores decisiones ya que se elige teniendo en cuenta la verdad y el bien verdadero.

Es evidente que saber elegir la verdad y el bien, realizarlos, no es fácil. Para poder elegir bien es necesario tener bien fortalecidas las tendencias, es decir que tengamos virtudes. De esta manera, la cabeza puede estar clara para conocer la verdad y descubrir dónde está el verdadero bien y la voluntad fuerte para querer lo que vemos con nuestra inteligencia que debemos hacer. Si falla la inteligencia o falla la voluntad no podremos elegir bien. La virtud nos lleva a superar nuestro “sí mismo”, nuestra subjetividad natural. La virtud nos da –como decía Aristóteles– una segunda naturaleza. La naturaleza con virtudes es la esencia.

Y, ¿cuándo falla la virtud? Cuando no se controlan o las tendencias sensibles, especialmente la tendencia al bien sensible placentero (por ejemplo, la televisión puede ser apetecible como un bien sensible –ya que se la ve con los ojos y se la oye con los oídos–). Y está también la tendencia respecto del mal, del dolor, del esfuerzo, que nos produce sentimientos de aversión, de miedo, de tristeza. Por eso existen unas virtudes que perfeccionan la tendencia irascible y la concupiscible para que no nos impidan hacer el bien, y al contrario nos ayuden a realizarlo.

Si las tendencias no están bien fortalecidas y educadas, entonces nuestros deseos, nuestros miedos, nuestra ira, etc., frustrará nuestra capacidad de ser libres. Elegiremos a fuerza de caprichos o sentimientos. Cuando no se dominan los sentimientos, las emociones, etc., entonces se bloquea la inteligencia y la voluntad y la verdad y el bien se nos hacen problemáticos. En el ejemplo que hemos puesto de la persona que tiene que elegir entre ver televisión y su deber de estudiar, puede ser que su “deseo” le traicione, y le impida pensar, entonces se deje dominar por ese deseo y elija ver televisión.

Otro ejemplo, es que una persona con miedo ante un examen puede dejarse llevar de aquel y nublar también su inteligencia. Las emociones y sentimientos impiden pensar bien, pero entonces la libertad se frustra porque ya no es la persona la que en rigor elige, ya que su inteligencia y su voluntad se bloquean por el influjo de sus sentimientos descontrolados. No elige sino que simplemente se deja llevar por sus sentimientos, sus emociones, sus deseos, sus miedos, etc. Evidentemente el dejarse



llevar comporta un ejercicio de la libertad, pero la persona no se manifiesta conforme a lo que tiene de más íntimo y personal, porque otras fuerzas le arrastran.

¿Qué es necesario para poder ser realmente libres? Para poder disponer bien de nuestra naturaleza hay que perfeccionarla, es preciso luchar con nuestras limitaciones, y las superamos gracias a los hábitos perfectivos como la prudencia (virtud dianoética, como decían los clásicos), la virtud de la justicia (que nos lleva a elegir el bien del otro, independientemente del bien propio), y en general de todas las virtudes morales. En la medida en que se crece en esas virtudes se van superando las limitaciones personales. Algunos ejemplos de esas limitaciones son los siguientes:

- A. LIMITACIONES EN EL SABER (inteligencia).
 - a. No saber lo que deberíamos saber (ignorancia).
 - b. No tener los criterios fundamentales. Una persona que no tiene criterio, ni se preocupa de formarse un criterio, fácilmente incurre en error en su vida práctica o es “manipulable” (la manipulación atenta contra la libertad).
 - c. No saber pedir consejo. Uno pide un consejo a las personas adecuadas para que nos proporcionen su experiencia y así saber mejor lo que tiene que hacer porque uno mismo puede engañarse.
 - d. No saber deliberar o sopesar bien los distintos factores o alternativas antes de decidir.
 - e. No saber comunicarse u expresarse, no saber conversar.
 - f. No saber estudiar, etc.

- B. LIMITACIONES EN EL QUERER (voluntad)
 - a. No querer adherirse a la verdad
 - b. No querer adherirse al bien
 - c. No querer reconocer las propias limitaciones

- d. No ser ordenado
- e. No ser sincero
- f. No ser laborioso
- g. No ser generoso, etc.

Por tanto, para empezar a ser libres realmente hay que tratar de superar dichas limitaciones. En la medida en que la superemos en esa medida seremos libres. De lo contrario seremos esclavos de nuestra ignorancia de nuestro desorden, de nuestra mentira, de nuestra pereza, de nuestro egoísmo, etc.

2. Libertad trascendental

La libertad trascendental es la libertad que está en el nivel del acto de ser personal, que si bien está muy unida a la esencia² es más radical que ésta. Una de las dimensiones de esta libertad radical es la llamada por el Dr. Leonardo Polo, la co-existencia personal. Es el saberse existiendo con otras personas, reconociéndolas, valorándolas, queriéndoles. Es lo que impide que la persona se aísle o sea una persona sola, lo cual sería una contradicción, y de serlo, una pura tragedia. La libertad trascendental, en definitiva, apela a la remitencia de todo nuestro ser: es la libertad de donación.

² Sin pretender complicar demasiado la temática en una exposición que está dirigida a alumnos que no son del área de Filosofía, sí podemos hacer referencia a que la libertad personal que es superior a la esencia recurre a ésta para encontrar los dones para amar. Por tanto, requiere de la libertad esencial, y en especial de la virtud. Gracias a ésta se da un fortalecimiento de las tendencias sensibles, de tal modo que entonces dichas tendencias no están regidas por la naturaleza como “sí mismo”. La naturaleza como “sí mismo” no es libre. O en todo caso es libre en el orden de esto o lo otro. De ahí es que la libertad de opción tan débil. Si en nuestras tendencias estamos regido por el “sí mismo”, si subordinamos las tendencias a uno mismo, a la propia mismidad o individualidad, entonces las tendencias están atadas. Entonces uno tiende; pero tiende en virtud de uno mismo, y en orden a uno mismo. En cambio, cuando aparece en la tendencia la virtud, gracias a esa virtud cada quien se libera del “sí mismo” para poder donarse libremente en el plano personal.



La libertad no la adquirimos para guardarla, para no entregarla, para una especie de engreimiento, para nosotros mismos, para presumir de lo inteligentes que somos y de lo buenos que somos, sino que tratamos de ser libres para poder darnos, entregarnos mejor, a las demás personas humanas y a las personas divinas. Nuestra libertad es tan grande que sólo la merece alguien que se digno de esa grandeza, por eso a quien entreguemos nuestra libertad no puede ser un ser inferior como por ejemplo un animal, un gato, una cosa como el dinero, bienes materiales, etc., esos son de poca monta, la libertad merece ser entregada a alguien de mayor nivel, más importante, que pueda hacer que esa entrega de nuestra libertad trascienda hasta el infinito. Sólo entonces seremos real y completamente libres. Por eso, en definitiva la libertad personal hay que destinarla a Dios. Sólo entonces seremos real y completamente libres.

Genara Castillo
Universidad de Piura
Genara.castillo@udep.pe